

Una nueva mirada sobre los *oppida* de la Europa Templada

A new view on the oppida of Temperate Europe

Manuel FERNÁNDEZ-GÖTZ

Regierungspräsidium Stuttgart. Landesamt für Denkmalpflege Baden-Württemberg
Projekt Heuneburg. Berliner Strasse 12, 73728 Esslingen (Alemania)
manuelferg@yahoo.es

Recibido: 08-08-2012

Aceptado: 29-01-2013

RESUMEN

El desarrollo de los oppida, grandes aglomeraciones de finales de la Edad del Hierro, constituye uno de los fenómenos más destacados y también estudiados de la Protohistoria europea. No obstante, las investigaciones de las últimas décadas permiten ofrecer actualmente una visión renovada sobre su génesis, características y funciones. Junto a los aspectos puramente económicos, estudios recientes ponen el acento en el importante papel político y religioso desempeñado por dichos centros. Asimismo, el descubrimiento de un creciente número de grandes aglomeraciones abiertas muestra que la estructura del poblamiento fue mucho más compleja de lo tradicionalmente pensado. En el marco del presente artículo trataré de desmontar algunos mitos en principio firmemente establecidos, proponer numerosos matices y aportar una visión al menos parcialmente alternativa sobre los oppida de la Europa Templada.

PALABRAS CLAVE: *Edad del Hierro. Urbanismo. Fürstensitze. Oppida. Santuarios.*

ABSTRACT

The development of the oppida, large Late Iron Age agglomerations, is one of the most notable phenomena of European Protohistory, and also one of the most studied. However, the research of recent decades currently offers us a new insight into their origin, characteristics and functions. In addition to purely economic aspects, recent studies emphasize the important political and religious role played by these centres. Similarly, the discovery of a growing number of large open agglomerations shows that settlement structure was much more complex than traditionally thought. In this article I shall try to deconstruct some quite firmly entrenched myths, propose numerous qualifications and offer an at least partially alternative view on the oppida of Temperate Europe.

KEY WORDS: *Iron Age. Urbanism. Fürstensitze. Oppida. Sanctuaries.*

1. Una urbanización precoz... 400 años antes de los oppida

Los oppida han sido vistos tradicionalmente como las “primeras ciudades al norte de los Alpes” (Collis 1984). Sin embargo, esta imagen largamente establecida tiene que ser revisada a tenor de los datos más recientes. En efecto, el desarrollo durante los últimos años de grandes proyectos de investigación en Alemania y Francia permite afirmar que los primeros procesos de urbanización tuvieron lugar en Centroeuropa entre finales del siglo VII y el siglo V a. C., es decir, alrededor de 400 años antes de la aparición de los oppida (Chaume y Mordant 2011; Fernández-Götz y Krausse 2013; Krausse 2008, 2010; Milcent 2007; Sievers y Schönfelder 2012). Durante esta etapa se produjo el desarrollo de una serie de núcleos fortificados situados entre Bohemia al este y Francia Central al oeste, que incluyen por lo general evidencias de producción artesanal especializada, comercio a larga distancia, construcciones monumentales y en ocasiones incluso estructuras vinculadas a actividades de culto. Estos núcleos, entre los que destacan especialmente Heuneburg, Bourges y Mont Lassois, llegaron a alcanzar en algunos casos dimensiones que no tienen nada que envidiar a las de numerosos oppida. Así, en Bourges se ha constatado que la aglomeración se extendía por un área de varios centenares de hectáreas, si bien en su mayor parte con una ocupación poco

densa. La riqueza de los hallazgos, que incluyen gran número de importaciones mediterráneas, ha llevado incluso a que se proponga para este núcleo el carácter de “lugar central” de una entidad política tal vez identificada con el reino de los Bitúrigos mencionado por Livio (V, 34) en relación con las migraciones célticas (Milcent 2007).

En cualquier caso, el núcleo más paradigmático, por tratarse del mejor investigado, es Heuneburg. Las excavaciones y prospecciones de la última década han demostrado que durante la primera mitad del siglo VI a. C. este asentamiento constaba de unas 100 ha, estructuradas en tres grandes zonas: 1) la acrópolis de 3 ha (*Burgberg*), rodeada por la famosa muralla de adobes; 2) la “ciudad baja” (*Vorburg*) situada inmediatamente a sus pies; y 3) finalmente una enorme aglomeración exterior (*Aussiedlung*) dividida a su vez por fosos y terraplenes en distintas áreas, que podrían haber servido de lugar de residencia a los diversos grupos familiares que se establecieron en el marco del proceso de sinecismo (fig. 1). En total se calculan unos 5.000 habitantes, cifra realmente excepcional para la época (Krausse y Fernández-Götz 2012).

Nos encontramos, en definitiva, ante los primeros procesos de urbanización de la Europa Templada (Krausse 2008, 2010; Sievers y Schönfelder 2012). No obstante, resulta importante señalar que este proceso de creciente centralización se truncó en el transcurso del siglo V a. C., un poco antes en yacimientos



Fig. 1.- Reconstrucción ideal del yacimiento de Heuneburg en su etapa de mayor apogeo, primera mitad del siglo VI a. C. (Landesamt für Denkmalpflege Baden-Württemberg).

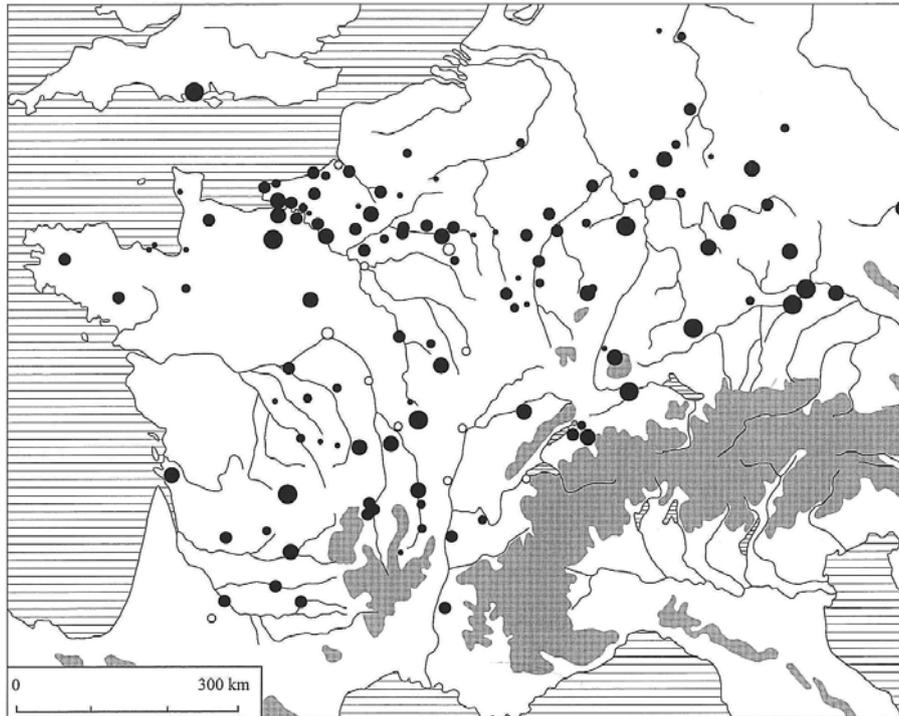


Fig. 2.- Mapa de distribución de los oppida de la Galia y zonas aledañas (según Collis 2010).

como Heuneburg y Mont Lassois, y algo más tarde en otros como Bourges, Hohenasperg o Glauberg. En vez de una evolución continuada a lo largo de la Edad del Hierro como la que se observa en numerosas regiones del mundo mediterráneo, en la Europa nordalpina se constatan diversos ciclos alternantes de centralización y descentralización (Collis 2010), que constituyen un ejemplo práctico del carácter no lineal de la Historia. A grandes rasgos, y aún a riesgo de simplificar, resulta posible establecer la siguiente secuencia: 1) una primera oleada de centralización materializada en los llamados *Fürstentitze* del Hallstatt Final/inicios de La Tène Inicial¹; 2) un periodo de descentralización, que coincide en buena medida con la etapa de las “migraciones célticas” descritas en los textos clásicos; y 3) finalmente una nueva fase de centralización que llevaría al desarrollo de los oppida de La Tène Final.

2. El concepto de oppidum: génesis, desarrollo y problemas

Pasando ya al análisis de los oppida de los siglos II-I a. C., la primera tarea que se impone es diseccionar el propio concepto. Aunque en apariencia todo el mundo sabe de qué se está hablando cuando se emplea el término *oppidum* o la expresión “civilización de los oppida”, pocos fenómenos de la Pro-

tohistoria europea siguen precisando de una revisión más profunda (Fichtl 2012; Haselgrove 2010; Kaenel 2006; Rieckhoff 2010; Salač 2009a; Woolf 1993). En efecto, detrás del aparente consenso se encuentran realidades muy heterogéneas. *Oppidum* se aplica a yacimientos como Manching o Bibracte donde su uso no ofrece complicaciones, pero algunos autores también utilizan el término, de forma incorrecta, para sitios de la Primera Edad del Hierro como Mont Lassois o para designar pequeños asentamientos de pocas hectáreas como Bundenbach. Del mismo modo, aunque el nombre parece implicar automáticamente la existencia de defensas artificiales, César lo llega a emplear igualmente para sitios abiertos como *Genava* (Ginebra) que en principio parecen no haber contado con ninguna fortificación. Y finalmente hay que hacerse eco de nuevas propuestas como la de Salač (2009a), quien distingue entre *Bergoppida* (“oppida de montaña”) y *Taloppida* (“oppida de llanura”). Dejando claro que aquí me referiré sólo a los alrededor de 150 oppida de la Europa Templada localizados entre Francia al oeste y Hungría al este (Collis 1984; Fichtl 2005a; Kaenel 2006; Rieckhoff y Fichtl 2011) (fig. 2), comenzaré citando en primer lugar algunas de las definiciones más relevantes y esbozando la historia de la investigación.

En el contexto de la Galia, la utilización del término *oppidum* se remonta César, quien lo emplea

repetidamente en el marco de su obra, aunque sin aportar en ningún momento una definición precisa del mismo y aplicándolo a realidades en ocasiones muy diferentes (Boos 1989; Colin 1998: 16 y 191; Collis 1984: 5-6; Fichtl 2005a: 11-16; Schreiber 2008: 32-33). En todo caso, de sus escritos se deduce que se trataba de centros económicos y políticos que ocupaban el lugar más importante entre la jerarquía de aglomeraciones galas, llegando a emplear para algunos de ellos como Alesia, Gergovia o *Avaricum* el calificativo latino de *urbs*. Entre los arqueólogos, el uso del término se ha consolidado desde las excavaciones realizadas en la segunda mitad del siglo XIX en sitios como Boviolles, Alesia, Gergovia o Bibracte. El principal motivo de discusión entre las diferentes definiciones es el de la superficie mínima que debe tener un yacimiento para ser incluido en esta categoría: 10 ha (Duval), 15 (Fichtl, Waldhauser...), 20-25/30 (Collis), 30 (Dehn), etc. En el presente trabajo me he decantado por la cifra aproximativa de 10-15 ha, teniendo siempre en mente que no se trata más que de una elección aleatoria de mero carácter orientativo. Puesto que, como veremos, tanto la localización topográfica como las funciones u organización interna de los *oppida* presentan una gran gama de variaciones, creo que es preferible optar por una definición amplia y pasar luego a matizar a nivel local y regional.

Diversos autores han criticado el uso del concepto de *oppidum*, señalando que no se trata de una categoría analítica útil al diferir estos núcleos entre sí en cuanto a tamaño, forma, función y cronología, por lo que se ha llegado incluso a abogar por un abandono del término (Boos 1989; Schreiber 2008: 47; Woolf 1993: 223). Es verdad que con él se corre el riesgo de homogeneizar una realidad caracterizada por la diversidad y heterogeneidad de situaciones, pues existen múltiples escenarios y trayectorias que pueden variar tanto entre las distintas áreas como incluso dentro de una misma región (Colin 1998; Fichtl 2005a; Haselgrove 2010; Kaenel 2006). Por citar algunos ejemplos, mientras ciertos *oppida* fueron ocupados únicamente durante un intervalo temporal muy corto, de una o dos generaciones (Villeneuve-Saint-Germain, Gondole...), otros muestran trayectorias más prolongadas (Závist, Manching, Besançon...); si algunos exhiben características que pueden recibir el calificativo de urbanas (Manching, Bibracte...), otros parecen haber sido recintos fortificados prácticamente desprovistos de ocupación interior (*Zarten/Tarodunum*, Finsterlohr...); mientras unos tienen dimensiones de varios cientos o incluso más de mil hectáreas (Manching, Kelheim, Heidengraben...), otros apenas alcanzan la superficie mínima requerida para entrar en esta categoría (Otzenhausen, Hrazany...);

si unos estuvieron situados en llano (Manching, Villeneuve-Saint-Germain...), muchos otros buscaron emplazamientos en altura (Bibracte, Donnersberg...); y así podríamos continuar. Pero teniendo en mente estas consideraciones, tampoco me parece que la solución resida en sustituir la palabra *oppidum*: la clave no está en abandonar conceptos (*oppidum*, Estado, élite, etnia...), sino en tratar de precisar su significado, establecer matices al tratar casos concretos y realizar análisis a distintas escalas que den cuenta tanto de las similitudes como de las diferencias existentes a nivel sincrónico y diacrónico. Precisamente, uno de los principales desafíos en la investigación sobre los *oppida* es encontrar el punto de equilibrio justo entre la presentación de un fenómeno ampliamente extendido y el reconocimiento de las particularidades propias de cada región/yacimiento que forma parte del conjunto (Fichtl (2005a: 10). Lo que está claro es que la idea de una “civilización de los *oppida*” homogénea constituye una entelequia que debe ser deconstruida, para pasar a vislumbrar en adelante una multiplicidad de escenarios locales y regionales (Haselgrove 2010; Kaenel 2006).

3. Explorando los *oppida* ayer y hoy

Las investigaciones arqueológicas sistemáticas sobre los *oppida* comenzaron en la segunda mitad del siglo XIX, correspondiendo el principal impulso inicial a los trabajos encomendados por el emperador francés Napoleón III en sitios nombrados en *La Guerra de las Galias* como Alesia, Gergovia o *Uxellodunum* (Fichtl 2012). La siguiente etapa estuvo marcada sobre todo por la figura del insigne arqueólogo francés J. Déchelette (1914), quien continuó las excavaciones llevadas a cabo por su tío J.-G. Bulliot en Bibracte y acuñó la noción –aún hoy vigente– de “civilización de los *oppida*” para hacer referencia a la supuesta unidad cultural existente al norte de los Alpes a fines de la Edad del Hierro (fig. 3). Tras un periodo de menor intensidad, el estudio de los *oppida* recibió un importante impulso en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El peso recayó especialmente en dos ámbitos: Alemania, con el inicio de las investigaciones sistemáticas en el *oppidum* de Manching (Sievers 2003) y las aportaciones de autores como Dehn (1962); y la extinta Checoslovaquia, donde se efectuaron trabajos de notable envergadura en yacimientos como Závist, Hrazany o Staré Hradisko (Salač 2009b). La arqueología francesa estuvo durante un tiempo a la sombra de estos desarrollos, situación que cambiaría radicalmente a partir de 1984, año en que se retomaron las excavaciones arqueológi-

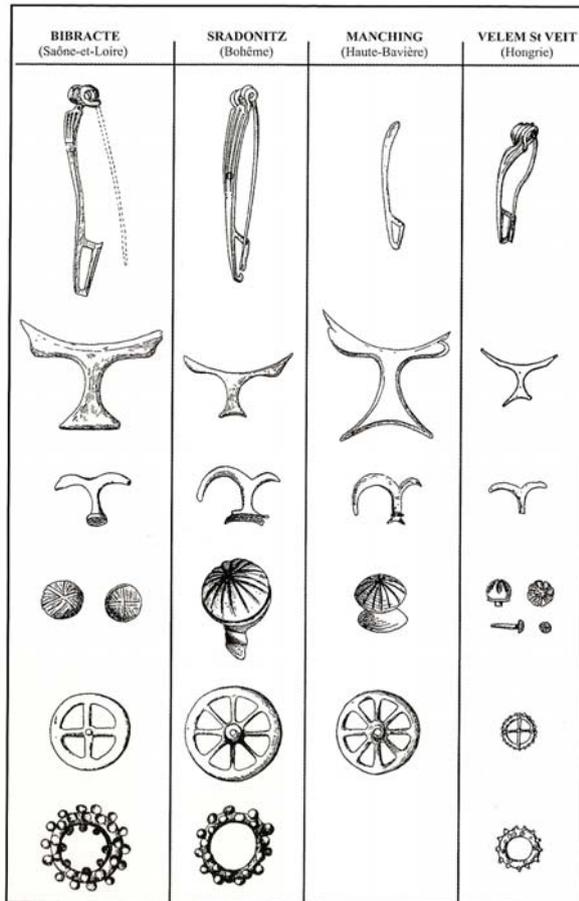


Fig. 3.- Comparación entre materiales arqueológicos procedentes de Bibracte, Manching, Stradonice y Velem-Zsent-Vid (según Déchelette 1914).

cas en Bibracte bajo el patrocinio del presidente de la República, François Mitterrand. A partir de ahí el peso de esta tradición en la investigación de La Tène Final viene siendo cada vez mayor, y en la actualidad puede ser considerada la más activa en la materia (Fichtl 2005a; Haselgrove 2010; Kaenel 2006), siendo posible citar además de Bibracte los proyectos llevados a cabo en el valle del Aisne, Corent, Fossé des Pandours y un largo etcétera. También en otros países las últimas décadas están resultando especialmente fructíferas; entre los numerosos ejemplos aquí me gustaría destacar los modélicos trabajos que vienen desarrollando Metzler y su equipo en el oppidum luxemburgués de Titelberg y su entorno (Metzler 1995), así como los resultados del proyecto “Romanisierung” de la Comunidad Alemana de Investigaciones (Krause 2006). Los avances producidos a escala europea desde los años 1970 serían demasiado largos de enumerar, por lo que remito al excelente resumen publicado por Kaenel (2006) con motivo del pro-

yecto colectivo *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire*.

En la actualidad se dispone de diversas obras de conjunto sobre la cuestión de los oppida de la Europa Templada, entre las que sobresale, junto al todavía fundamental libro de J. Collis *Oppida. Earliest towns north of the Alps* (1984), la monografía de S. Fichtl *La ville celtique* (2005a), la más completa escrita hasta la fecha. Más allá de estos trabajos de referencia, se dispone de síntesis actualizadas sobre numerosos yacimientos específicos como por ejemplo Titelberg (Metzler 1995), Manching (Sievers 2003) o Heidengraben (Ade et al. 2012), y los dos oppida mejor investigados, Manching y Bibracte, cuentan además con su propia serie de publicaciones (*Die Ausgrabungen in Manching* y *Collection Bibracte*). Pero el acontecimiento seguramente más relevante de las últimas décadas ha sido la inauguración del *Centre archéologique européen du Mont Beuvray*, que ha supuesto la creación de un foro internacional de primer orden para especialistas y estudiantes de toda Europa dedicados a la Segunda Edad del Hierro². Los oppida están, por tanto, de plena actualidad, por mucho que las lagunas sean aún considerables. No hay que olvidar que la investigación de estos sitios plantea toda una serie de problemas específicos, siendo tal vez el mayor su inmensa superficie, que convierte en ilusoria la excavación completa de un oppidum y que ha llevado a que en muchos casos las intervenciones arqueológicas se concentren en los sistemas de fortificación, permaneciendo el interior en buena medida desconocido³ (Fichtl 2010a).

4. Repensando los orígenes de los oppida

Tras este recorrido, forzosamente breve por razones de espacio, toca interrogarse sobre las causas y estímulos que dieron lugar a la aparición de los oppida. De forma simplificada, podría decirse que las interpretaciones de los estudiosos se dividen en dos grandes bloques: por un lado, aquellos que consideran que la aparición de estos centros se debió fundamentalmente a la recepción de impulsos procedentes del mundo mediterráneo, ya sea de la Galia Cisalpina o de la Narbonense; y por otro, los que ven el desarrollo de los oppida en primera línea como la culminación de los procesos de evolución interna experimentados por las sociedades de la Europa Templada desde el siglo III a. C., posición ésta última a la que me adhiero (fig. 4).

Entre los defensores de la primera visión destaca sobre todo la hipótesis de una supuesta “exportación” de modelos urbanos mediterráneos por par-

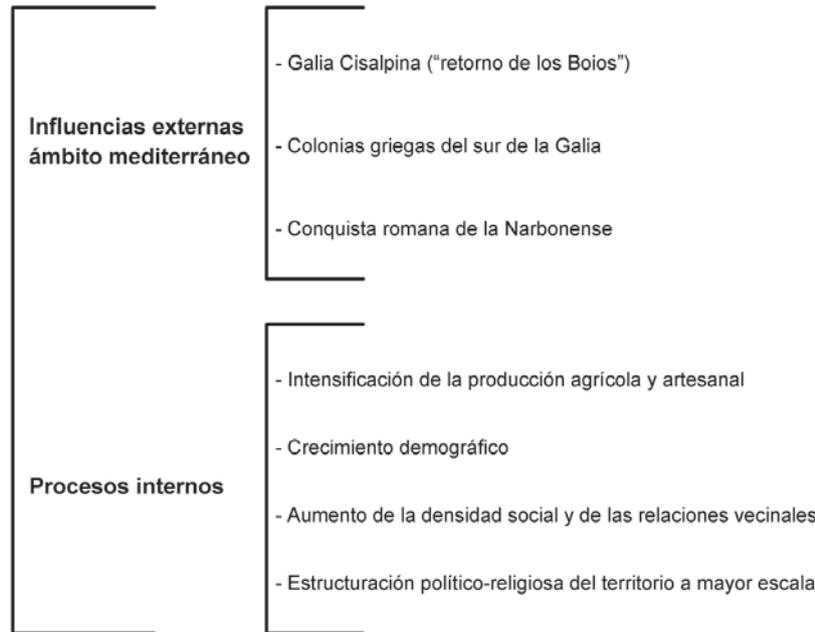


Fig. 4.- Esquema simplificado de algunos de los principales estímulos puestos en relación por la investigación tradicional y por el autor con el proceso de génesis de los *oppida* (elaboración propia).

te de las poblaciones "célticas" establecidas en la Cisalpina, en el marco de movimientos de reflujo acaecidos tras la conquista romana de dichos territorios. Esta tesis se basa principalmente en una cita de Estrabón (V, 1, 6), según la cual los Boios del norte de Italia habrían emigrado al norte de los Alpes tras su derrota ante los Romanos y la ocupación por estos últimos del valle del Po. Este pasaje ha llevado a que arqueólogos como Kruta (2006) establezcan la siguiente secuencia: expulsados de la Cisalpina entre finales del siglo III e inicios del II a. C., los Boios retornarían a sus "ancestrales territorios de origen" en la actual Bohemia, donde procederían a la fundación de centros urbanos según los prototipos traídos del norte de Italia, idea que aparentemente encontraría apoyo en la temprana fecha de fundación de Závist hacia el 175 a. C. Dejando de lado el problema de esta última datación, el principal escollo al que se enfrenta esta interpretación es la falta de evidencias acerca de núcleos urbanos o protourbanos entre las poblaciones boias del norte de Italia. Es decir, ni los textos clásicos ni los datos arqueológicos disponibles permiten atribuirles la supuesta "experiencia urbana" que posteriormente habrían llevado consigo al retornar al otro lado de los Alpes (Kysela 2009).

Sobre la base de las informaciones actualmente disponibles, el cambio cultural acaecido durante La Tène Final debe ser visto como el resultado de una combinación de factores, que incluyen tanto desarrollos internos caracterizados por un proceso de intensificación productiva y de crecimiento demográfico

iniciado ya en la etapa inmediatamente precedente, como toda una serie de estímulos externos entre los que destacan especialmente aquellos provenientes del mundo romano. Aunque dilucidar el peso relativo de componentes endógenos y exógenos resulta siempre complicado, los nuevos descubrimientos arqueológicos de las últimas décadas indican que, en líneas generales, la aparición de los *oppida* obedeció principalmente a la evolución interna de las sociedades de la Europa Templada (Buchsenschutz y Ralston 2012; Collis 2010; Kaenel 2006; Fichtl 2005a). En términos globales su emergencia no debe concebirse, de ninguna manera, como una simple respuesta ante eventuales amenazas militares externas (Cimbrios y Teutones, Ariovisto...), del mismo modo que resulta incorrecto ver en ella la reacción lógica de la "periferia bárbara" ante la creciente expansión del mundo romano. Haciendo más unas palabras de Fichtl (2005a: 201): "C'est une réponse celtique au besoin de grand sites centraux, témoins d'une stabilisation du territoire et d'une évolution interne de la société nord-alpine".

Para comprender esta afirmación es fundamental tener en cuenta los desarrollos producidos durante La Tène Medio, es decir, en el periodo inmediatamente anterior a la "edad de los *oppida*", pues sólo así resulta posible una correcta valoración de la génesis de dichos núcleos (Collis 1995). La generalización social efectiva de la metalurgia del hierro y su utilización a gran escala para la confección de utillaje agrícola, la adopción de otras mejoras como la que representaron

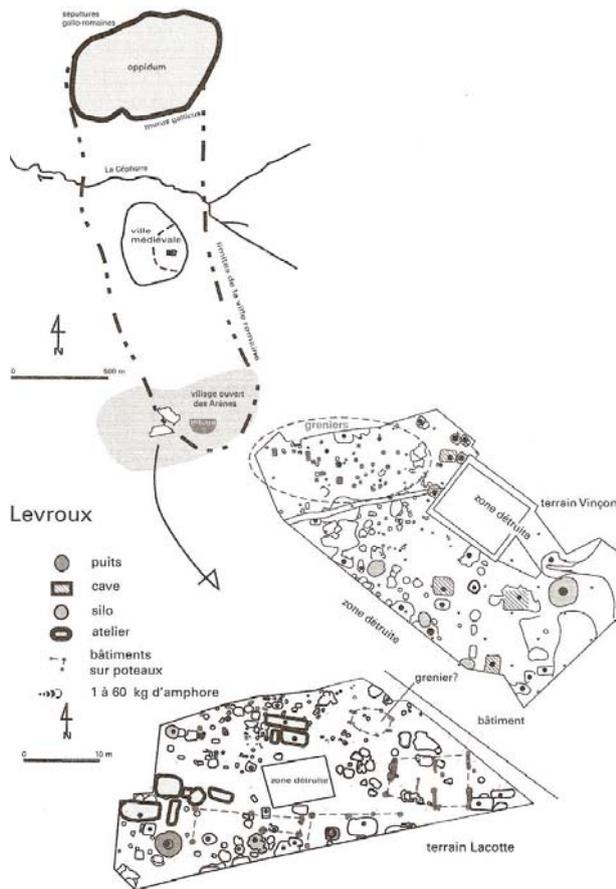


Fig. 5.- Levroux: plano de los sucesivos hábitats y areal de la aglomeración abierta de Arènes (según Buchsenschutz 2007).

los molinos rotatorios así como la puesta en cultivo de nuevas tierras permitieron ya desde esta etapa un incremento de la producción agrícola y ganadera que impulsó el crecimiento demográfico y por ende también la actividad artesanal (Brun y Ruby 2008; Buchsenschutz 2006; Malrain et al. 2002). Esta prosperidad se inserta en una etapa en la que volvió a aumentar la actividad solar, lo que indudablemente favoreció los cambios enumerados. Por ello, no es de extrañar que desde La Tène Medio se observe ya en diversas regiones de la Europa Templada el inicio de una nueva tendencia hacia la centralización, con el desarrollo de grandes santuarios colectivos (Arcelin y Brunaux 2003) y la aparición de toda una serie de aglomeraciones abiertas de los siglos III/II a. C. que pudieron constituir importantes centros de producción y distribución (Augstein 2006; Collis et al. 2000; Salač 2009a) (fig. 5). El fenómeno de concentración del poblamiento se inició por tanto con anterioridad a la fundación de los oppida, al menos en un buen número de regiones⁴. De ello se deduce igualmente que la conquista romana de la Narbonen-

se sólo estimuló procesos endógenos que ya estaban en marcha previamente (Colin 1998; Fichtl 2005a; Kaenel 2006).

A la luz de estos nuevos datos, los principales factores que a mi parecer habrían motivado y conducido al desarrollo de los oppida nordalpinos serían los siguientes: 1) la intensificación de las actividades productivas (agrícolas, artesanales) y comerciales; 2) el crecimiento demográfico; 3) el aumento de la “densidad social”, es decir, de la frecuencia de las comunicaciones e interacciones entre personas y grupos; y 4) el establecimiento/reforzamiento de una estructuración e integración político-religiosa del territorio a mayor escala. Evidentemente, no todos estos elementos tuvieron que estar presentes en todos los casos ni hacerlo en la misma medida, y también hay que considerar que *ocasionalmente* pudieron darse otras circunstancias específicas como por ejemplo necesidades de tipo defensivo ante situaciones concretas.

Un último aspecto a considerar es que numerosos oppida de La Tène Final reocuparon emplazamientos ya fortificados en momentos anteriores de la Edad del Hierro, tal y como ocurre por ejemplo en Závist, Bourges, Mont Vully, Dünsberg, Donnersberg, Wallendorf, etc. En la mayor parte de los casos conocidos se trata de “oppida de montaña”, lo cual habría estado relacionado, al menos en parte, con el especial simbolismo de los puntos más altos. La “biografía” de estos montes cargados de historia iría mucho más allá del efímero desarrollo de oppida en los mismos, y es desde esta perspectiva de larga duración desde la que se deben entender en última instancia sus fases de ocupación y reocupación. Este hecho, cada vez mejor documentado aunque aún insuficientemente explorado, obliga a replantear o como mínimo a matizar las explicaciones tradicionales sobre la génesis de dichos yacimientos en los momentos finales de la Edad del Hierro, situándola en una perspectiva de larga duración (Metzler et al. 2006; Fernández-Götz 2012); es de esperar que conceptos como la memoria colectiva o la densidad social adquieran un valor clave de cara a esta reevaluación. Como bien indican Van Dike y Alcock (2003: 1): “past peoples knowingly inhabited landscapes that were palimpsests of previous occupations. Sites were built on sites; landscapes were occupied and reoccupied time and again. Rarely was this a meaningless or innocent reuse”.

5. Deconstruyendo mitos: funciones y características de los oppida

Tradicionalmente, los oppida han sido descritos como centros industriales y comerciales con ocupación especializada y producción de manufacturas

a gran escala, situados en lugares estratégicos para el control de las rutas comerciales y en muchos casos también de materias primas (Collis 1984; Wells 1984). Sin embargo, esta imagen sólo es aplicable, y con matizaciones, a una parte de estos sitios como por ejemplo Manching o Stradonice (Meylan et al. 2002), pero no a muchos otros, y además debe ser complementada con otras facetas como la político-religiosa (Fichtl 2005a; Fichtl et al. 2000; Metzler et al. 2006; Rieckhoff and Fichtl 2011). Como ha señalado de forma autocrítica Buchsenschutz (1995: 53): “As twentieth-century scholars, we associate this phenomenon almost automatically with the expansion of craft industries and trade activities”. Los prejuicios etnocéntricos y presentistas se remontan ya a los inicios de la investigación en el siglo XIX, marcados por la idea industrial de progreso presente en los trabajos de Bulliot y Déchelette, que han ejercido una gran influencia prácticamente hasta nuestros días (para una crítica véanse Mölders 2010; Rieckhoff 2010; Schreiber 2008; Woolf 1993).

A grandes rasgos, las funciones desempeñadas por los *oppida* pueden ser agrupadas en dos categorías (Fichtl 2005a: 107-162): 1) *oppida* como centros económicos (actividades artesanales y/o comerciales); y 2) *oppida* como centros político-religiosos (sedes de santuarios, lugares de asamblea, núcleos de entidades político-étnicas...). Sobra decir que ambos papeles, económico y político-religioso, no sólo no fueron mutuamente excluyentes sino que debieron ir de la mano en buena parte de los casos, como muestran de forma paradigmática Manching o Bibracte. Así, la proximidad entre santuario y lugar de mercado se observa repetidamente a lo largo de la Historia, como nos muestran desde los santuarios costeros del Mediterráneo Antiguo hasta los templos budistas actuales. Pero sí es cierto que en algunos *oppida* debió predominar el aspecto político-religioso (Bibracte, Titelberg, Gournay-sur-Aronde...) y en otros, bastante menos numerosos, el económico (Chalon-sur-Saône, Hengistbury Head..., auténticos *port of trade*).

La gama de situaciones fue, lógicamente, muy variada, aunque a mi juicio existe un denominador común que sobresale por encima de las diferencias: si adoptamos un punto de vista foucaultiano (Foucault 1978), los *oppida* supusieron una nueva tecnología de poder, que permitió articular una ideología más jerárquica y centralizadora. Desde esta perspectiva, su aparición puede verse también como un medio para reforzar la cohesión social y el control político: los *oppida* son la expresión de sociedades más desiguales, y a la vez contribuyen a la construcción de dichas desigualdades. Su estructuración interna suele indicar una planificación previa y una materialización de los principios

de orden social que rigen en las comunidades. En la mayor parte de los casos, su establecimiento fue fruto de un acto de fundación deliberada, resultado de una decisión política que debió estar encabezada principalmente por la aristocracia (Buchsenschutz y Ralston 2012; Rieckhoff 2010). En líneas generales, más que en la imposición de un poder unipersonal de tipo autocrático habría que pensar en una decisión tomada, en el marco de consejos y/o asambleas (Fernández-Götz 2011a), por los líderes de los principales grupos locales o de las facciones más pujantes en ese momento, por mucho que hubiera miembros de una familia que detentaran en aquel momento un estatus regio. Hay que recordar que, salvo algunas excepciones como la representada por los grupos más septentrionales de la *Belgica*, las sociedades galas de finales del Hierro muestran por lo general una considerable división y estratificación internas, tal y como atestiguan a la par fuentes escritas y arqueológicas (Buchsenschutz y Ralston 2012; Guichard y Perrin 2002). En este contexto, es importante destacar que una de las principales motivaciones para la erección de las monumentales fortificaciones de los *oppida* debió ser precisamente reforzar el sentimiento de pertenencia al grupo, la cohesión social y el control político a través de la realización de obras colectivas de tal envergadura, que además precisaban de reparaciones periódicas (Fichtl 2005b, 2010a; Rieckhoff 2010; Schreiber 2008). Siguiendo a Woolf (1993: 232): “it may be that in some cases it was the action of fortifying, rather than the end product, which was of greater social significance”.

Ha habido, y en parte todavía persiste, una tendencia a interpretar el origen y las funciones de los *oppida* de la Europa Templada desde perspectivas predominantemente economicistas (Collis 1984; Wells 1984). En cambio, el papel desempeñado por los aspectos rituales fue objeto de poca consideración hasta entrada la década de 1980 (Wells 2006). Anteriormente, estos centros eran vistos sobre todo como respuestas defensivas ante amenazas externas y/o como importantes núcleos de producción artesanal e intercambio comercial. El papel de santuarios quedaba reservado para las *Viereckschanzen* y los espacios naturales de carácter sacro, con la imagen arquetípica de reuniones de druidas en los claros de los bosques. Pero esta visión ha ido cambiando notablemente durante las últimas décadas, debido fundamentalmente a tres factores: 1) el impacto causado por la excavación y publicación de los grandes santuarios picardos de Gournay-sur-Aronde y Ribemont-sur-Ancre, que llamó la atención sobre la existencia de lugares de culto latenenses claramente delimitados y provistos de edificaciones (Arcelin y Brunaux 2003; Brunaux et al. 1985); 2) la reeva-

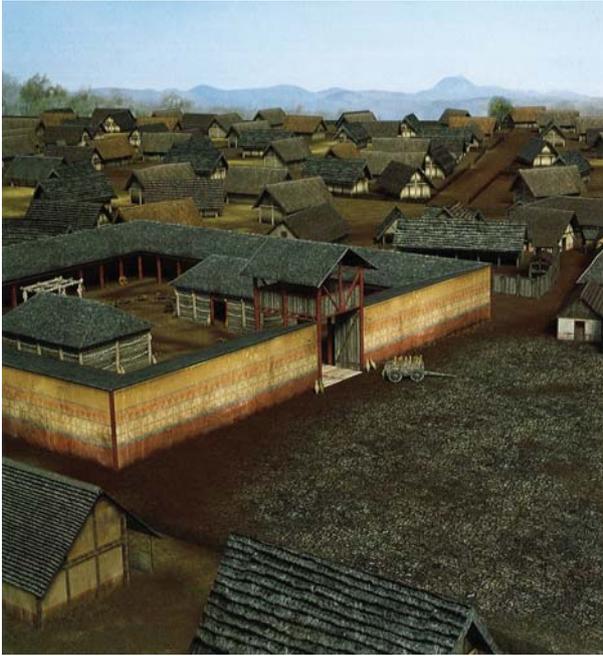


Fig. 6.- Reconstrucción ideal del santuario y del espacio público de Corent (según Poux 2011).

luación de las propias *Viereckschanzen*, que en la actualidad son vistas principalmente como hábitats rurales fortificados que, eso sí, podían incluir entre sus funciones la realización de ciertas prácticas culturales, como se observa en Fellbach-Schmidlen o Mšecké Žehrovice (Rieckhoff 2002; Wells 2006; Wieland 1999); y 3) el creciente descubrimiento de espacios públicos para la celebración de asambleas y festividades religiosas en el interior de *oppida* como Manching, Titelberg, Villeneuve-Saint-Germain, Bibracte o Corent entre otros (Arcelin y Brunaux 2003; Fernández-Götz 2011b; Fichtl et al. 2000; Fichtl 2005a: 149-158, 2010b; Metzler et al. 2006; Peyre 2000; Poux 2011; Ramona 2011; Wells 2006) (fig. 6).

Un caso particularmente interesante es el de Titelberg (Metzler 1995), donde en el interior del *oppidum* se delimitó un gran espacio público de 10 ha mediante un foso y un muro de adobes sobre zócalo de piedra (Metzler et al. 2006). Esta área sacra estuvo destinada a la celebración de asambleas, ferias y ceremonias religiosas, tal y como atestiguan tanto las ingentes cantidades de huesos animales encontradas, las instalaciones para votaciones que recuerdan a las *saepta* de las ciudades itálicas, o una sucesión de edificaciones en el punto más alto del *oppidum* que tendrían su culminación en un gran *fanum* de época galorromana. Las excavaciones han determinado que la fundación del foso cultural tuvo lugar al mismo tiempo que la erección del *murus*

gallicus, en torno al 100 a. C., lo que testimonia que hacia esa fecha se llevó a cabo una rigurosa planificación a gran escala del yacimiento, o lo que es lo mismo, un verdadero proyecto de organización espacial que ha sido interpretado como el reflejo de una voluntad urbanística.

Junto a la creciente valoración del papel desempeñado por el componente religioso, uno de los avances sin duda más relevantes de la investigación ha sido la constatación, a gran escala, de una importante actividad económica en las aglomeraciones abiertas de vocación artesanal (Augstein 2006; Collis et al. 2000; Salač 2009a). Gracias a ejemplos como Aulnat, Levroux o Basel-Gasfabrik en la Galla, Berching-Pollanten en Baviera, Bad Nauheim en Hesse, Lovosice en Bohemia, Nĕmčice en Moravia, Roseldorf en Austria o Sajópetri en Hungría, en la actualidad puede darse definitivamente por superada la idea de que las actividades artesanales y comerciales de calado se encontraban concentradas exclusivamente en los *oppida*. Esta nueva perspectiva resulta en cierto modo análoga a la que se viene poniendo también de relieve para el Hallstatt Final/La Tène Inicial, donde asentamientos sin fortificar como Bragny-sur-Saône enseñan que ni las importaciones mediterráneas ni las evidencias de producción metalúrgica intensiva estuvieron restringidas a los *Fürstentum* (Collet y Flouest 1997).

Un buen número de las aglomeraciones abiertas de los siglos III-I a. C. que precedieron y/o coexistieron con los *oppida* fueron grandes “centros de producción y distribución” –por utilizar la expresión acuñada por Salač (2009a)– que desempeñaron funciones económicas como mínimo parejas a las de los centros fortificados más destacados, pudiéndose encontrar en ellas evidencias de acuñación monetaria, importaciones procedentes de regiones lejanas, producción metalúrgica a gran escala, fabricación de objetos de vidrio, etc. En ocasiones, la cantidad de hallazgos recuperados en estos asentamientos abiertos iguala o incluso supera al proporcionado por los *oppida*, como prueban los siguientes datos aportados por Salač (2009a): a pesar de no haber sido aún excavado, en el sitio abierto de Nĕmčice –de una superficie mínima estimada de 50 ha– se contabilizan ya unos 518 brazaletes de vidrio, poco menos que en el intensamente investigado *oppidum* de Manching (620) y mucho más que en *oppida* como Stradonice (143) o Závist (4); en Roseldorf, por su parte, se han hallado unas 1.500 monedas, más que en yacimientos fortificados de la importancia de Manching (1342), Staré Hradisko (91) o Závist (16). Otro ejemplo interesante es el del yacimiento bávaro de Berching-Pollanten (Schäfer 2010), donde la gama de objetos encontrada no se diferencia demasiado de la descubierta en el cerca-

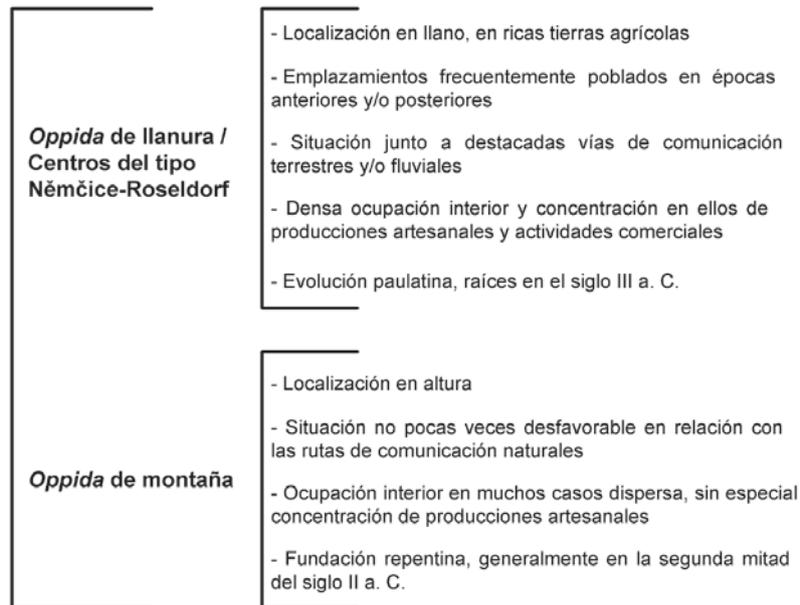


Fig. 7.- Cuadro esquemático con las principales características de *oppida* de llanura y centros del tipo Němčice-Roseldorf, por un lado, y *oppida* de montaña, por otro (elaboración propia a partir de Salač 2009a).

no y contemporáneo *oppidum* de Manching, abarcando entre otros hallazgos herramientas de hierro, cerámica fina, brazaletes de vidrio, monedas, llaves, balanzas, abundantes fíbulas (¡más de 870!), etc. Aparentemente, en el siglo II a. C. se desarrollaban en Berching-Pollanten prácticamente las mismas actividades artesanales que en Manching.

En todo caso, lo que está claro es que la estructura del poblamiento en la Europa Templada de los siglos III-I a. C. debió de ser mucho más compleja de lo que tradicionalmente se venía asumiendo (Sievers y Schönfelder 2012). En este sentido, resulta de interés traer a colación la clasificación formulada por Salač (2009a): 1) “centros de producción y distribución”, siendo Lovosice el ejemplo paradigmático; 2) “centros del tipo Němčice-Roseldorf”; 3) “*oppida* de montaña” como Bibracte, Donnersberg o Dünsberg; y 4) “*oppida* de llanura” entre los que destaca Manching (fig. 7). Más aún, el descubrimiento en las proximidades de Bibracte de una gran aglomeración lateniense de más de 100 hectáreas ha llevado a Haselgrove (2010: 100-101) a plantearse la siguiente pregunta: cuándo César hablaba de Bibracte, ¿estaba haciendo referencia sólo a la montaña denominada hoy en día Mont Beuvray, o englobando con este nombre un espacio bastante más amplio que incluiría, entre otros espacios, también la citada aglomeración abierta en las fuentes de la Yonne? Una reflexión similar ha sido planteada en relación con el conjunto formado por los *oppida* arvernos de Corent, Gondole y Gergovie, separados tan sólo por escasos kilómetros y que pudieron

haber representado tal vez los diferentes polos funcionales de una misma aglomeración (Poux 2011: 244-249).

6. Del santuario a la aglomeración

A tenor de los datos actualmente disponibles, todo indica que –salvo contadas excepciones– el peso principal o al menos el impulso inicial para el desarrollo de buena parte de los *oppida* de la Europa centro-occidental correspondió al componente político-religioso, auténtico *prime mover* de todo el proceso. Las restantes funciones (defensiva, artesanal, comercial...), si bien pudieron adquirir en ocasiones una notable importancia, fueron en buena medida un resultado secundario, tal y como se observa a mi juicio en yacimientos como Manching (Sievers 1991, 2003), Bibracte (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich 1991; Fleischer y Rieckhoff 2002), Corent (Poux 2011), Titelberg (Metzler et al. 2006), etc. Un artículo de gran importancia, que ejemplifica en cierta forma el cambio de tendencia acaecido, fue el publicado por Fichtl, Metzler y Sievers bajo el título “Le rôle des sanctuaires dans le processus d’urbanisation” (2000). En la actualidad, resulta posible dar un paso más y plantear una idea que estimo esencial de cara a la comprensión de los procesos de centralización y de construcción de identidades colectivas en la Edad del Hierro: muchos *oppida* de La Tène Final pudieron tener su origen en espacios rituales de culto y asamblea; es decir, se constitu-

yeron en un determinado emplazamiento precisamente porque dicho lugar tenía una significación sagrada y había sido ya frecuentado de forma más o menos regular desde antes del siglo II/I a. C. (Fernández-Götz 2012). Este renovador planteamiento no debería sorprender a la vista de los datos arqueológicos que vamos teniendo y a la luz de procesos similares conocidos en otras épocas y regiones. Por nombrar sólo un ejemplo, numerosas ciudades escandinavas se desarrollaron en torno a lugares a los que acudían desde antiguo las gentes para celebrar sus asambleas (*Thing*), como sucedió en el caso de Viborg, Odense o Ringsted en Dinamarca o Uppsala en Suecia. Lo que está fuera de toda duda es que la componente religiosa aparece como un elemento esencial en los procesos de sedentarización y de urbanización, ya que se encuentra en la base de la fusión comunitaria de poblaciones previamente diseminadas (García 2004: 103).

En la Europa Templada, ya son varios los casos en los que se ha podido probar que la existencia de un lugar de culto y/o asamblea antecede en el tiempo a la concentración de una población significativa en el lugar o incluso a la fortificación del areal (Fernández-Götz 2011b; Fichtl et al. 2000; Haselgrove 2010: 94 y 98; Metzler et al. 2006), un fenómeno que resulta especialmente evidente en Manching (Eller et al. 2012; Sievers 2003). En el centro de este *oppidum* se ha documentado un templo (A) cuya primera fase remonta a finales del siglo IV a. C., y que estaba situado en las proximidades de un espacio pavimentado de 50 x 80 m que pudo servir como lugar de asamblea, así como cerca de varios depósitos votivos con materiales que datan entre los siglos IV-II a. C. Algún objeto perteneciente a la Primera Edad del Hierro deja abierta la posibilidad de una significación religiosa todavía mucho más antigua del área del templo, mientras que la llamativa concentración de huesos humanos podría estar tal vez en relación con un culto a los antepasados (Sievers 1991, 2003: 27-30). Estos hallazgos, sumados al descubrimiento en distintos puntos del asentamiento de otros restos óseos humanos entre los que se incluyen abundantes cráneos, así como a la presencia de los dos cementerios latenioses más importantes del sur de Baviera –Hundsrucken y Steinbichel, siglos IV-II a. C., situados respectivamente en el interior y junto al futuro *oppidum*– y de una necrópolis tumular de la Edad del Bronce, permiten plantear la hipótesis de que Manching pudo tener su origen en un espacio de asamblea vinculado al culto a los ancestros. Finalmente, es interesante destacar que la muralla del *oppidum* de Manching describe una circunferencia que tiene como centro al ya mencionado santuario A, preexistente a la fundación del asentamiento y núcleo neurálgico de éste

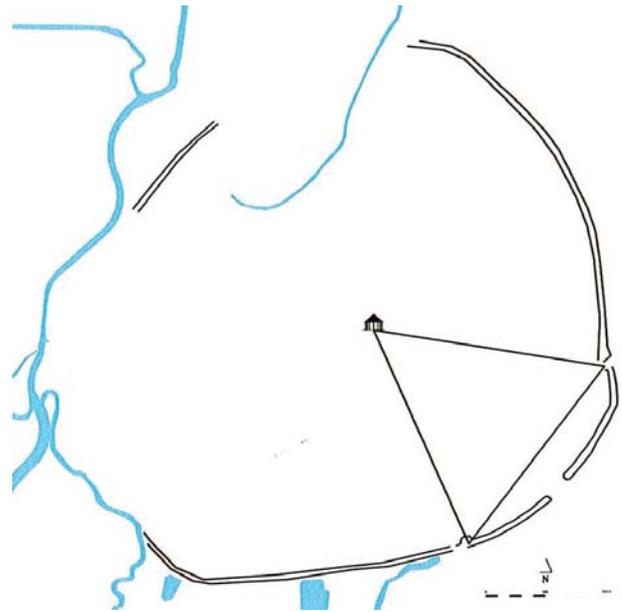


Fig. 8.- Manching: ejes visuales, determinados con precisión matemática, entre el santuario central y las puertas sur y este (según Eller et al. 2012).

desde sus comienzos, lo cual no puede ser casual y remite seguramente a concepciones cosmogónicas y a ritos de fundación similares a los conocidos en el ámbito mediterráneo (fig. 8).

También Gournay-sur-Aronde resulta muy revelador en relación con la cuestión tratada, pues si bien la existencia del famoso santuario hunde sus raíces en el siglo IV a. C. –seguramente en relación con un culto al *heros*– la constitución del *oppidum* no tuvo lugar hasta bien avanzado el siglo I a. C. (Brunaux et al. 1985). Notable importancia revisten también las recientes investigaciones realizadas en el *oppidum* de Corent, capital de los Arvernos, donde se ha podido probar que la fundación del santuario es anterior al desarrollo del asentamiento (Poux 2011). En cuanto a Bibracte, dataciones radiocarbónicas y dendrocronológicas parecen apuntar a un origen del espacio público de 110 x 92 m conocido como “La Terrasse” en el siglo III a. C., lo que de confirmarse implicaría un uso y frecuentación del lugar con fines asamblearios/religiosos bastante antes del establecimiento del *oppidum* propiamente dicho a finales del siglo II a. C. (Fleischer y Rieckhoff 2002). Y es interesante señalar que también después del abandono de Bibracte en beneficio de la ciudad galorromana de Autun, la montaña en la que se situaba el antiguo *oppidum* siguió siendo frecuentada a lo largo de los siglos con motivo de la realización de ceremonias, ofrendas y ferias, tal y como atestiguan el santuario galorromano localizado junto a “La Terrasse”, una iglesia y una capilla posteriores



Fig. 9.- Vista del *oppidum* de Donnersberg desde la llanura (fotografía del autor).

situadas en el mismo emplazamiento, una gran feria celebrada el primer miércoles de cada mes de mayo o la veneración de fuentes sagradas como la Fontaine-St-Pierre. Estamos, por tanto, ante un auténtico *lieux de mémoire* cuyo especial simbolismo sólo puede entenderse plenamente desde una perspectiva de larga duración. En otras palabras: el sitio de Mont Beuvray tuvo ya importancia como lugar de reunión dotado de significación religiosa antes de que se fundara el *oppidum* de Bibracte, y tras el abandono de éste a favor de la ciudad en llano de Autun siguió siendo frecuentado al menos puntualmente con ocasión de la realización de ceremonias, ofrendas y ferias. El vínculo con el *genius loci* se mantuvo por tanto mucho más allá del traslado de la capitalidad a Autun, e incluso podemos aventurar que el Mont Beuvray pudo tener una consideración similar a la de los “nevados” andinos, esto es, la propia montaña sería vista por los Eduos como un Apu objeto de veneración, lo que explicaría su importancia en la cosmovisión de estas gentes por encima de cualquier otra consideración. Recordemos que en la Protohistoria existían muchos menos hitos visuales que en la actualidad (Wells 2008a), por lo que emplazamientos prominentes como Bibracte, Donnersberg, Dünsberg, Závist, etc. habrían ejercido una atracción todavía mayor a la que conservan hoy en día (fig. 9).

Sea como fuere, ejemplos como los de Manching, Bibracte, Gournay, Corent o Titelberg muestran que, en muchos casos, el uso de un lugar con fi-

nes culturales y asamblearios debió ser la causa, y no la consecuencia, del desarrollo de *oppida* en dichos emplazamientos. Una situación en buena medida similar se observa también en el sur de la Galia en yacimientos como Entremont o *Glanum*, donde el origen de los santuarios precede en el tiempo a los *oppida* (García 2004; Häussler 2010). Aunque evidentemente debieron existir excepciones a este modelo, se trata de una nueva visión sobre la génesis de numerosos lugares centrales que puede ayudar a una mejor comprensión de los procesos de agregación y urbanización en la Edad del Hierro. Al hilo de esto, es importante señalar que la localización de toda una serie de núcleos en altura, como Bibracte o Heidetränk, sólo se explica de forma convincente con base en motivos religiosos ligados a antiguas tradiciones que normalmente se nos escapan, pero que debieron estar bien presentes para las gentes protohistóricas (Buchsenschutz 1995: 61, 2007: 244-245; Haselgrove 2010: 94). Y es que, en contra de lo que a menudo se tiende a afirmar, la elección de numerosos “*oppida* de montaña” no puede llegar a entenderse sólo en base a parámetros que nosotros consideraríamos “racionales”, como una ubicación favorable en relación con las principales rutas de comunicación de larga distancia o la potencialidad económica del entorno inmediato⁵. En este sentido, Rieckhoff (2002: 370), ha señalado que la “topografía céltica” parece haber estado basada en primera línea en conceptos ideológicos y rituales, no funcionales.

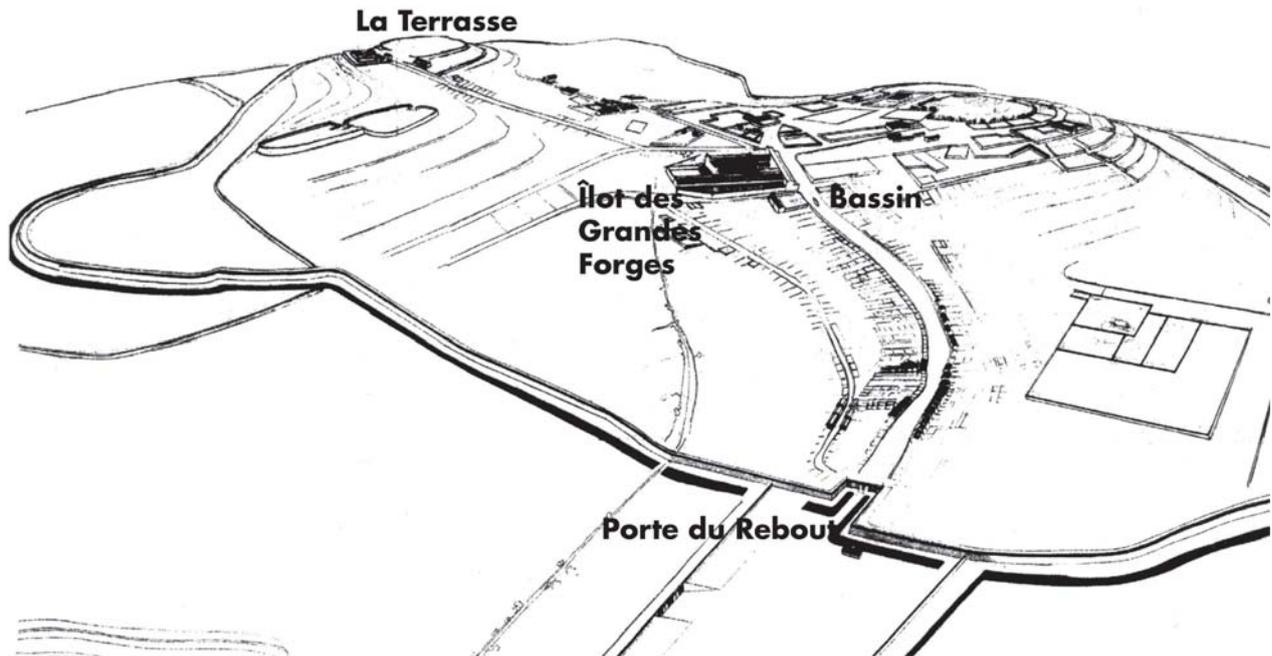


Fig. 10.- Reconstrucción ideal del oppidum de Bibracte en el siglo I a. C. (según Rieckhoff 2010).

Un buen exponente de la realidad aquí enunciada lo encontramos nuevamente en Bibracte, pues sin negar la existencia de ciertos componentes económicos y/o estratégicos como la extracción de minerales, el yacimiento se encuentra en una montaña del macizo de Morvan cuya posición no es nada favorable ni para el comercio, ni para la agricultura, ni para la vida ordinaria, sobre todo en los fríos inviernos (Fichtl et al. 2000: 185; Fleischer y Rieckhoff 2002: 117; Metzler et al. 2006: 218). Un razonamiento meramente economicista resulta insuficiente para explicar por qué este lugar se convirtió en “la ciudad más grande y rica, con mucho, de los heduos” (BG I, 23, 1) (fig. 10). También en la Península Ibérica debieron darse situaciones de este tipo; pensemos, por ejemplo, en el oppidum vettón de Ulaca (Ruiz Zapatero 2005). Su emplazamiento, a más de 1.500 m de altura en un lugar de difícil acceso y de escasa habitabilidad, pudo constituir un lugar ancestral de reunión en los pastos de verano ya con anterioridad al establecimiento del asentamiento. Dentro del yacimiento hallamos diversos elementos vinculados con el ámbito de lo sagrado, como el famoso altar rupestre –orientado topográficamente– o la sauna ritual.

Por supuesto, las esferas política, religiosa, económica y a veces también defensiva debieron encontrarse en la mayoría de los casos estrechamente interconectadas: si por un lado política y religión constituirían nociones indisociables en el mundo aquí estudiado, por otro podemos pensar que la ce-

lebración de una asamblea-feria-festividad religiosa se vería generalmente acompañada de un mercado en el que se llevarían a cabo variadas transacciones económicas, del mismo modo que no debe extrañar el frecuente desarrollo de producciones artesanales en el interior de estos lugares centrales. En todo caso, cabe retener que la inmensa mayoría de los oppida de la Europa Templada deben ser vistos en primera instancia como centros de agregación político-religiosos, que servirían de lugares de encuentro y arenas de negociación en los cuales se congregarían, al menos periódicamente, los líderes aristocráticos acompañados de sus respectivas clientelas o parte de éstas. Se trataría, por tanto, del núcleo de la vida política y social de los distintos colectivos, representando escenarios privilegiados para la toma de las decisiones más importantes a escala de *pagus*, de *civitas* o incluso de macrocategoría identitaria (Fernández-Götz 2011b; Fichtl 2004). Así lo atestiguan la gran asamblea edua celebrada en el oppidum de Decetia (BG VII, 33), el hecho de que Bibracte fuera el escenario del *concilium totius Galliae* en el que Vercingetórix fue proclamado comandante en jefe de la confederación contra los Romanos (BG VII, 63), o un escasamente citado pasaje según el cual el vergobreto eduo Convictolitave y una gran parte del senado se habían encontrado con Litavico en Bibracte (BG VII, 55, 4). El hecho de que la estrategia de César estuviera a menudo encaminada a obtener la sumisión de toda una etnia a través de la toma de un oppidum neurálgico (como

ocurrió por ejemplo con los Belovacos en el episodio de *Bratuspantium*, BG II, 13, 2 o como se observa en su planteamiento respecto a *Avaricum*⁶, BG VII, 13, 3) constituye un argumento suplementario que subraya el papel de centros políticos de dichos asentamientos, ya bien atestiguado arqueológica y textualmente a través de la celebración de consejos, asambleas y grandes banquetes colectivos (Fernández-Götz 2011a y b; Fichtl 2004, 2010b; Metzler et al. 2006; Peyre 2000; Poux 2011; Ramona 2011).

Además, estos yacimientos jugarían un importante papel en la organización del territorio, ejerciendo en la Galia frecuentemente como núcleos de *pagi* y algunos de ellos incluso como lugares centrales o “capitales” de sus respectivas *civitates* (Fichtl 2004; Garcia y Verdin 2002). Esta última función ha sido propuesta por ejemplo para *Vesontio* (→Secuanos), *Avaricum* (→Biturigos), *Lutetia* (→Parisios), *Bibracte* (→Eduos), *Durocortorum* (→Remos), Fosé des Pandours (→Mediomátricos) o Titelberg (→Tréveros). En definitiva, los *oppida*, o al menos una parte considerable de los mismos, sirvieron ante todo como elementos de identificación colectiva, actuando como estructuradores del territorio y de las relaciones sociales en el marco de las entidades político-étnicas de la Protohistoria Final. Por concluir con unas palabras de Wells (2008b: 368): “If the *oppida* were territorial «capitals» and their walls intended to communicate information about the power of the community, then these sites were potent symbols of the identity of the communities who lived in the smaller settlements in their hinterlands, as well as of the several thousand who lived within the walls. The large *oppida* are spaced across the landscape of central temperate Europe in such a way that would not be inconsistent with this model of territorial centers or capitals”.

7. Concepto urbano y experiencia fenomenológica

Una última cuestión a tratar en el presente artículo es la discusión acerca del carácter “urbano” de los *oppida*; o, dicho de otra manera, sobre la aplicabilidad del calificativo de “ciudades” para estos centros. Las posiciones al respecto no podrían ser más dispares, desde autores que no dudan en adjudicarles un claro carácter urbano (Collis 1984; Fichtl 2005a; Rieckhoff y Fichtl 2011; Wells 1984) hasta otros que niegan dicha posibilidad (Schreiber 2008; Woolf 1993), pasando por un amplio elenco de posturas intermedias (Kaenel 2006; Salač 2009a), entre las que personalmente me sitúo. Las ciudades surgen en sociedades con división del trabajo, presencia del no productor y existencia de excedentes, características todas ellas presentes en la Galia de

La Tène Final (Brun y Ruby 2008; Guichard y Perrin 2002). En cualquier caso, la dificultad principal radica en la definición de “ciudad”, tema complejo como pocos. Lo cierto es que se han ofrecido un sinnúmero de definiciones tanto entre geógrafos como entre historiadores, demostrándose que resulta imposible llegar a un consenso habida cuenta de la variabilidad que adquiere su significado en función del ámbito cultural y temporal en el cual se analice (Fustel de Coulanges 1864; Kolb 1984; Marcus y Sabloff 2008; Rykwert 1976; Smith 2007). De ahí que resulte vano tratar de establecer una lista cerrada de criterios que pretendan tener valor “universal”. Por ejemplo, no tiene sentido fijar una cifra concreta de habitantes a partir de la cual un núcleo puede recibir el calificativo de ciudad, pues ni siquiera hoy en día existe acuerdo al respecto (200 en Suecia, 10.000 en España, 30.000 en Japón...). Del mismo modo, se suele alegar que en una ciudad la mayoría de la población debe dedicarse a actividades secundarias y terciarias, pero en buena parte de las ciudades antiguas e incluso medievales la agricultura seguía constituyendo la ocupación principal de una parte considerable de la población. ¿Significa esto que debemos abandonar completamente el concepto de “ciudad” en la investigación protohistórica en favor de otros como “lugar central”? En mi opinión no, por mucho que sea positivo contar paralelamente con conceptos más amplios que permitan englobar mayor cantidad de yacimientos y de fenómenos.

Aunque no quiero extenderme en la argumentación, creo que pueden traerse a colación tres argumentos decisivos que aconsejan mantener el término de “ciudad”. En primer lugar, su abandono conllevaría una importante pérdida de matices que empobrecería innecesariamente nuestra comprensión del Primer Milenio a. C.: lugares centrales existieron ya en el Neolítico, pero todos somos conscientes de que una ciudad es algo diferente tanto cualitativa como cuantitativamente, por mucho que no seamos capaces de acordar una definición unánime. Segundo, se traicionaría la propia realidad histórica, pues tanto en Grecia como en Roma y en otras sociedades de la Antigüedad existió ya con claridad un concepto ideológico de “ciudad”, ligado a toda una serie de normas jurídicas como las que conocemos en relación con el *pomerium* romano (Fustel de Coulanges 1864; Kolb 1984; Rykwert 1976). Y tercero, se limitaría fuertemente la posibilidad de establecer comparaciones con procesos desarrollados en otras épocas y lugares, puesto que a fin de cuentas se seguirá hablando de ciudades sumerias, mayas, chinas o islámicas (Marcus y Sabloff 2008; Smith 2007). Queda claro, pues, que la discusión sobre los orígenes del urbanismo no debe hacerse desde categorías universales cerradas e inflexibles,

ya que los factores condicionantes que requieren los fenómenos de urbanización no son generales ni sincrónicos.

Uno de los principales problemas es que buena parte de la investigación ha tendido a buscar en los asentamientos centroeuropeos elementos formales característicos de las ciudades mediterráneas, sin valorar la posibilidad de que las sociedades prerromanas hubieran podido desarrollar un concepto ideológico propio de ciudad, distinto del mediterráneo pero igualmente complejo, como bien han apuntado Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich (1991). Dicho esto, parece mucho más productivo centrarse en el estudio de aspectos como la existencia de relaciones jerárquicas entre los sitios, la complejidad de su organización interna o los cambios producidos en la cultura material que valorar únicamente en qué medida las aglomeraciones indígenas se acercan o alejan de los pretendidos “modelos clásicos”.

Sin ánimo de remontarnos aquí a los inicios de la investigación, es indudable que la discusión sobre el carácter urbano de los *oppida* ha estado siempre muy presente en la investigación protohistórica. Si la respuesta dada por Goudineau en 1980 a la pregunta “*y a-t-il une ville protohistorique?*” fue aún muy prudente, hablando a lo sumo de “protourbanización” o “formas de urbanización embrionarias”, actualmente la mayor parte de los investigadores acepta sin reparos la aplicación del término ciudad para al menos algunos de estos núcleos (Fichtl 2005a; Haselgrove 2010; Kaenel 2006; Sievers 2003). Los grandes avances cuantitativos y cualitativos logrados por la investigación arqueológica de las últimas décadas parecen apoyar esta conclusión, lo que va en detrimento de propuestas deconstructivistas netamente escépticas como las de Woolf (1993) o Schreiber (2008). Por ejemplo, mientras en 1993 Woolf todavía aducía la falta de espacios públicos como una prueba del carácter supuestamente no urbano de los *oppida*, en la actualidad se conoce un número cada vez mayor de estos recintos (Fernández-Götz 2011b; Fichtl 2010b; Metzler et al. 2006).

Aunque se ha criticado el uso de nociones políticas a la hora de decidir acerca del carácter urbano de los *oppida*, a mi juicio no queda otra alternativa. Desde esta perspectiva, necesariamente abierta y por desgracia algo imprecisa, hay toda una serie de yacimientos que pueden recibir el calificativo de ciudades (Manching, Bibracte, Stradonice, Staré Hradisko, Titelberg, Variscourt/Condé-sur-Suippe, Corent...), pues en ellos se constatan simultáneamente varios de los siguientes rasgos que suelen vincularse a núcleos urbanos: evidenciar un cierto plan preconcebido, una trama planificada que en ocasiones muestra una organización interna con

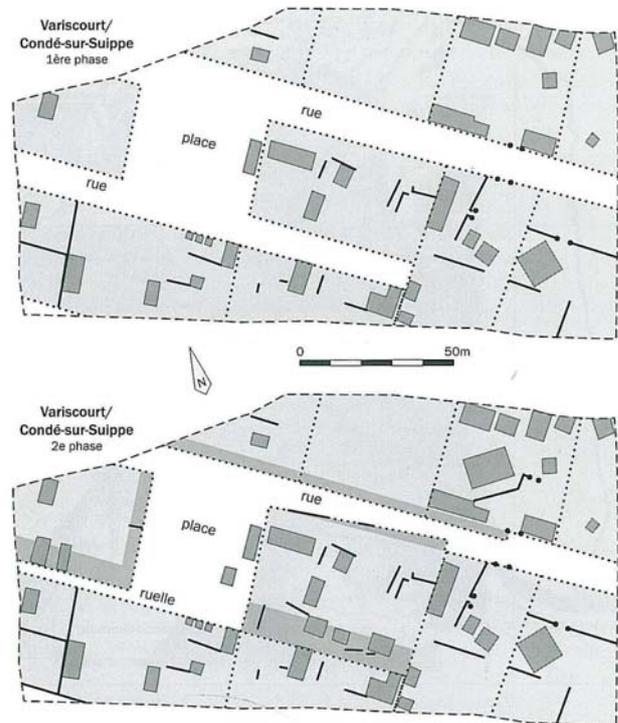


Fig. 11.- Plano de la zona excavada en el interior del *oppidum* de Variscourt/Condé-sur-Suippe, que refleja una trama organizada y preestablecida, con unidades de habitación, calles y una plaza que se mantuvo libre de construcciones durante las dos fases del yacimiento (según Fichtl 2005a).

áreas diferenciadas destinadas a actividades especializadas (fig. 11); albergar una población relativamente numerosa, de varios millares de habitantes⁷; constituir un espacio claramente delimitado y diferenciado del mundo rural, a buen seguro dotado de connotaciones jurídico-religiosas que en el mejor de los casos sólo podemos intuir; reunir distintas categorías de población y de actividades (agrícolas, artesanales, comerciales, religiosas...); incluir construcciones y/o espacios públicos de vocación religiosa y/o político-administrativa, como las presumibles instalaciones destinadas a acoger votaciones encontradas en sitios como Villeneuve-Saint-Germain o Titelberg, el estanque monumental de Bibracte o los templos de Manching; ejercer –y esto es fundamental– como lugar central para la población de su entorno, cumpliendo diversas funciones a escala local, regional y a veces incluso suprarregional; etc.

Pero el reconocimiento de la existencia de centros susceptibles de recibir el calificativo de ciudades no debe llevarnos a caer en el tan habitual “optimismo urbanizador”. Por un lado, hay que subrayar que ni mucho menos todos los *oppida* pueden ser calificados como ciudades, algo especialmente

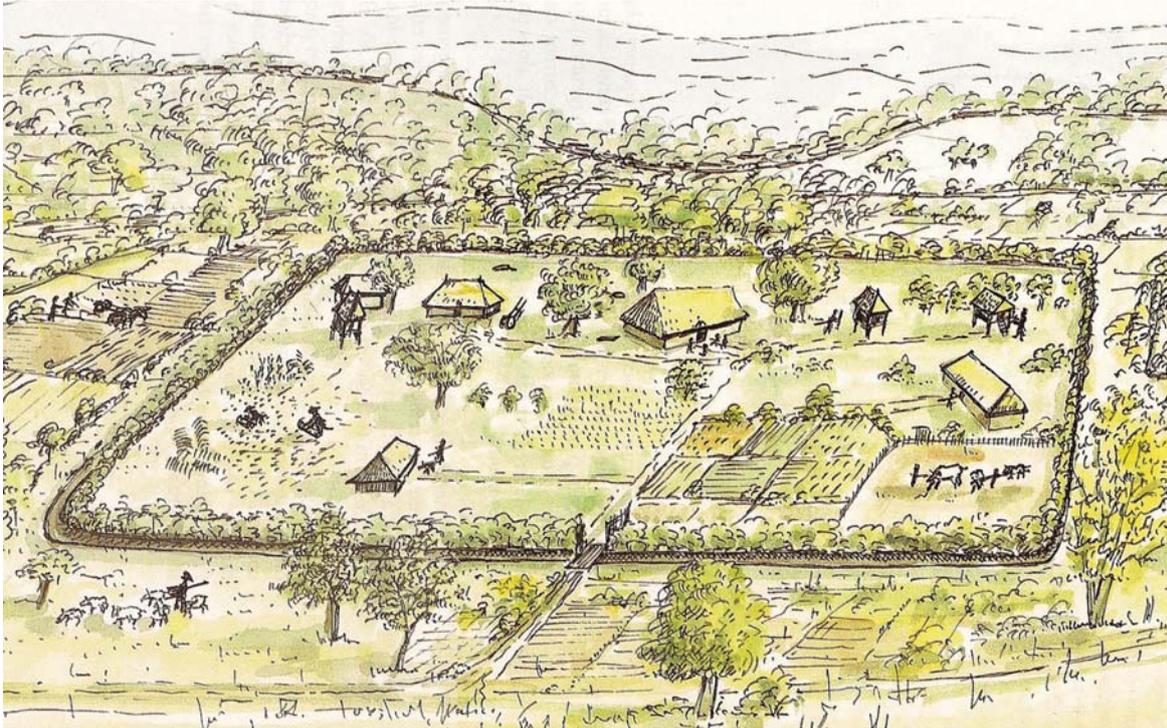


Fig. 12.- Reconstrucción ideal de la granja de Verberie “La Plaine d’Herneuse” (según Malrain et al. 2002).

claro en el caso de recintos fortificados de enormes dimensiones pero sin apenas trazas de ocupación en su interior, como por ejemplo Mont Vully, Zarten/*Tarodunum* o Finsterlohr, que parecen haber servido principalmente como lugares de reunión, de identificación colectiva y tal vez también de refugio para la población de un amplio entorno. Tenemos que recalcar, nuevamente, la extraordinaria diversidad de los sitios incluidos bajo de la categoría genérica de *oppida*, en la que conviven modelos en parte muy diferentes. Por otro lado, y como plantea Chic García (2009: 431), en el Mundo Antiguo incluso cuando hablamos de población concentrada en núcleos urbanos el sentido de la vida era muy distinto al nuestro, y en consecuencia las ciudades tenían un carácter muy diferente.

Esta perspectiva no implica, en absoluto, minusvalorar las transformaciones que para la percepción del mundo de las gentes protohistóricas acarrió el desarrollo de auténticas ciudades. Un buen ejemplo es la aparición de una amplia gama de llaves y cerraduras (Sievers 2003: 48-49; Wells 2002: 369), que sugiere que la concentración de una notable cantidad de población en un mismo asentamiento produjo cambios relevantes en la forma de percibir a los vecinos y de relacionarse con ellos: no todos eran de fiar, y había que proteger las pertenencias personales frente a eventuales ladrones. Pero sobre todo nos indica un importante avance en el proceso de indivi-

dualización, pues no sólo se cerraban las puertas de las casas sino también objetos del interior de las mismas como cajas y arcones: se trata de tendencias individualizadoras, de personas individuales y de unidades domésticas frente a la colectividad. Y es que el sentido de la vida en comunidad no es el mismo, obviamente, cuando se habita en un asentamiento de 30 habitantes, donde todos se conocen bien y los lazos son mucho más estrechos, que cuando se hace en otro de 10.000 y se va perdiendo ese contacto tan inmediato, de primera mano, con buena parte de los conciudadanos. Incluso, coincido con González Ruibal (2006-07: 373) cuando afirma que detrás de los cambios fenomenológicos no debemos apreciar únicamente una nueva experiencia de ser-en-el-mundo, sino también la foucaultiana capilaridad del poder deslizándose en los intersticios de la vida cotidiana. Finalmente, conviene siempre recordar que, pese al desarrollo de los *oppida*, el mundo de La Tène Final siguió siendo un mundo fundamentalmente rural, donde la inmensa mayoría de la población vivía en granjas repartidas –a veces de manera relativamente densa– por el paisaje (Buchsenschutz 2006; Fichtl 2005a: 201-202; Malrain *et al.* 2002) (fig. 12). Un mundo, en definitiva, en el que la residencia, las producciones agrícolas y a veces también artesanales, las necrópolis e incluso las actividades culturales y festivas se encontraban dispersas en millares de pequeños hábitats (Buchsenschutz 2006: 55).

NOTAS

1. A fin de proporcionar una orientación básica que clarifique la nomenclatura empleada en el presente artículo, cabe retener los siguientes datos de cronología absoluta: Hallstatt Final, ca. 620-450 a. C.; La Tène Inicial 450-250 a. C.; La Tène Medio 250-150 a. C.; La Tène Final 150-25 a. C.
2. Recientemente se ha puesto en marcha una magnífica página web (www.oppida.org) que incluye una ficha con informaciones sobre cada uno de los asentamientos incluidos en esta categoría.
3. Una carencia que hoy en día ya puede ir solventándose parcialmente gracias a la aplicación de métodos de prospección geofísicos.
4. Claramente en el siglo III a. C. en yacimientos como Sajópetri, Némčice, Roseldorf, etc.
5. Distinto es el caso de los “oppida de llanura”, cuya localización sí suele ser bastante más propicia desde un punto de vista económico (Salač 2009a: 246).
6. “César partió hacia la plaza de Avárico [...] confiando en que, una vez rendida esta plaza, lograría que el pueblo de los bituriges volviera a la obediencia” (BG VII, 13, 3).
7. Con estimaciones de entre 5.000 y 10.000 pobladores en el caso de Manching ó 5.000-20.000 en el de Bibracte. En todo caso, más importante aún que el número de personas directamente residentes en el interior de los recintos habría sido la cifra de gente para la cual dichos núcleos constituían puntos neurálgicos de referencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADE, D.; FERNÁNDEZ-GÖTZ, M.; RADEMACHER, L.; STEGMAIER, G.; WILLMY, A. (2012): *Der Heidengraben - Ein keltisches Oppidum auf der Schwäbischen Alb*. Theiss, Stuttgart.
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y GRAN-AYMERICH, J. (1991): *El Estanque Monumental de Bibracte (Borgoña, Francia)*. Complutum Extra 1, Madrid.
- ARCELIN, P.; BRUNAU, J.-L. (eds.) (2003): *Cultes et sanctuaires en France à l'Âge du Fer*. Gallia 60.
- AUGSTEIN, M. (2006): Handel und Handwerk: Überlegungen zur wirtschaftlichen Grundlage offener Siedlungen der Mittel- und Spätlatènezeit. *Grundlegungen. Beiträge zur europäischen und afrikanischen Archäologie für Manfred K. H. Eggert* (H.-P. Wotzka, ed.), A. Francke Verlag, Tubinga: 595-606.
- BOOS, A. (1989): «Oppidum» im caesarischen und im archäologischen Sprachgebrauch – Widersprüche und Probleme. *Acta Praehistorica et Archaeologica*, 21: 53-73.
- BRUN, P.; RUBY, P. (2008): *L'âge du Fer en France. Premières villes, premiers États celtiques*. La Découverte, París.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (1995): The significance of major settlements in European Iron Age society. *Celtic Chieftdom, Celtic State* (B. Arnold y D. B. Gibson, eds.), Cambridge University Press, Cambridge: 53-63.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (2006): Le monde rural et ses productions. *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. 4: Les mutations de la fin de l'âge du Fer* (C. Haselgrove ed.), Collection Bibracte 12/4, Glux-en-Glenne: 55-65.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (2007): *Les Celtes de l'âge du Fer*. Armand Colin, París.
- BUCHSENSCHUTZ, O.; RALSTON, I. (2012): Urbanisation et aristocratie celtiques. *Die Frage der Protourbanisation in der Eisenzeit* (S. Sievers y M. Schönfelder eds.), Habelt, Bonn: 347-364.
- CHAUME, B.; MORDANT, C. (eds.) (2011): *Le complexe aristocratique de Vix*. PU Dijon, Dijon.
- CHIC GARCÍA, G. (2009): *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad*. Akal, Madrid.
- COLIN, A. (1998): *Chronologie des oppida de la Gaule non méditerranéenne*. Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, París.
- COLLET, S.; FLOUEST, J.-L. (1997): Activités métallurgiques et commerce avec le monde méditerranéen au Ve siècle av. J.C. à Bragny-sur-Saône (Saône-et-Loire). *Vix et les éphémères principautés celtiques* (P. Brun y B. Chaume eds.), Errance, París: 165-172.
- COLLIS, J. (1984). *Oppida. Earliest towns north of the Alps*. University of Sheffield, Sheffield.
- COLLIS, J. (1995): States without centers? The Middle La Tène period in temperate Europe. *Celtic Chieftdom, Celtic State* (B. Arnold y D. B. Gibson eds.), Cambridge University Press, Cambridge: 75-80.
- COLLIS, J. (2010): Zentralisierung und Urbanisierung in Europa nördlich der Alpen während der Eisenzeit. En Krause 2010: 77-91.

- COLLIS, J.; KRAUSZ, S.; GUICHARD, V. (2000): Les villages ouverts en Gaule centrale aux IIe et Ier siècles av. J.-C. *Les processus d'urbanisation à l'âge du Fer* (V. Guichard, S. Sievers y O. H. Urban eds.), Collection Bibracte 4, Glux-en-Glenne: 73-82.
- DÉCHELETTE, J. (1914): *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine. II, 3*. Picard, Paris.
- DEHN, W. (1962): Aperçu sur les Oppida d'Allemagne de la fin de l'époque celtique. *Celticum*, 4: 329-386.
- ELLER, M.; SIEVERS, S.; WENDLING, H.; WINGER, K. (2012): Zentralisierung und Urbanisierung – Manchings Entwicklung zur spätkeltischen Stadt. *Die Frage der Protourbanisation in der Eisenzeit* (S. Sievers y M. Schönfelder eds.), Habelt, Bonn: 303-318.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2011a): Niveles sociopolíticos y órganos de gobierno en la Galia de finales de la Protohistoria. *Habis*, 42: 7-26.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2011b): Cultos, ferias y asambleas: los santuarios protohistóricos del Rin Medio-Mosela como espacios de agregación. *Palaeohispánica*, 11: 127-154.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2012): Die Rolle der Heiligtümer bei der Konstruktion kollektiver Identitäten: das Beispiel der treverischen Oppida. *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 42 (4): 509-524.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M.; KRAUSSE, D. (2013): Rethinking Early Iron Age Urbanisation in Central Europe: The Heuneburg Site and its Archaeological Environment. *Antiquity*, 87 (336): 473-487.
- FICHTL, S. (2004): *Les peuples gaulois. IIIe-Ier siècles av. J.-C.* Errance, Paris.
- FICHTL, S. (2005a): *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J.-C. à 15 ap. J.-C.* Errance, Paris.
- FICHTL, S. (2005b): Murus et pomerium: réflexions sur la fonction des remparts protohistoriques. *Revue Archéologique du Centre de la France*, 44: 55-72.
- FICHTL, S. (ed.) (2010a): *Murus celticus. Architecture et fonctions des remparts de l'âge du Fer*. Collection Bibracte 19, Glux-en-Glenne.
- FICHTL, S. (2010b): Les places publiques dans les oppida. *L'Archéologue, archéologie nouvelle*, 108: 36-40.
- FICHTL, S. (2012): Du «refuge» à la ville: 150 ans d'archéologie des oppida celtiques. *Le Musée d'Archéologie nationale et les gaulois du XIXe au XXIe siècle* (L. Olivier ed.), Musée d'Archéologie nationale, Saint-Germain-en-Laye: 81-98.
- FICHTL, S.; METZLER, J.; SIEVERS, S. (2000): Le rôle des sanctuaires dans le processus d'urbanisation. *Les processus d'urbanisation à l'âge du Fer* (V. Guichard, S. Sievers y O. H. Urban eds.), Collection Bibracte 4, Glux-en-Glenne: 179-186.
- FLEISCHER, F.; RIECKHOFF, S. (2002): Bibracte – Eine keltische Stadt. *Fromm – Fremd – Barbarisch. Die Religion der Kelten* (H.-U. Cain y S. Rieckhoff eds.), Zabern, Maguncia: 103-118.
- FOUCAULT, M. (1978): *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.
- FUSTEL DE COULANGES, N. D. (1864): *La cité antique*. Hachette, Paris.
- GARCIA, D. (2004): *La Celtique méditerranéenne*. Errance, Paris.
- GARCIA, D.; VERDIN, F. (eds.) (2002): *Territoires celtiques. Espaces ethniques et territoires des agglomérations protohistoriques d'Europe occidentale*. Errance, Paris.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-07): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica*. Brigantium 18/19, A Coruña.
- GOUDINEAU, C. (1980): Conclusion: y a-t-il une ville protohistorique? *Histoire de la France urbaine I. La ville antique* (G. Duby ed.), Seuil, Paris: 230-231.
- GUICHARD, V.; PERRIN, F. (eds.) (2002): *L'aristocratie celte à la fin de l'Âge du Fer*. Collection Bibracte 5, Glux-en-Glenne.
- HASEL GROVE, C. (2010): Les mutations de la fin de l'âge du Fer. *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. Colloque de synthèse* (C. Goudineau, V. Guichard y G. Kaenel eds.), Collection Bibracte 12/6, Glux-en-Glenne: 91-103.
- HÄUSSLER, R. (2010): From tomb to temple. On the rôle of hero cults in local religions in Gaul and Britain in the Iron Age and the Roman period. *Celtic Religion across Space and Time* (J. A. Arenas-Esteban ed.), CEMAT, Molina de Aragón: 200-226.
- KAENEL, G. (2006): Agglomérations et oppida de la fin de l'âge du Fer. Une vision synthétique. *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. 4: Les mutations de la fin de l'âge du Fer* (C. Haselgrove ed.), Collection Bibracte 12/4, Glux-en-Glenne: 17-39.
- KOLB, F. (1984): *Die Stadt im Altertum*. C. H. Beck, Munich.

- KRAUSSE, D. (2006): *Eisenzeitlicher Kulturwandel und Romanisierung im Mosel-Eifel-Raum*. Römisch-Germanische Forschungen 63. Zabern, Maguncia.
- KRAUSSE, D. (ed.) (2008): *Frühe Zentralisierungs- und Urbanisierungsprozesse. Zur Genese und Entwicklung frühkeltischer Fürstentümer und ihres territorialen Umlandes*. Forschungen und Berichte zur Vor- und Frühgeschichte in Baden-Württemberg 101, Stuttgart.
- KRAUSSE, D. (ed.) (2010): „Fürstentümer“ und Zentralorte der frühen Kelten. Forschungen und Berichte zur Vor- und Frühgeschichte in Baden-Württemberg 120, Stuttgart.
- KRAUSSE, D.; FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2012): Die Heuneburg. Neue Forschungen zur Entwicklung einer späthallstattzeitlichen Stadt. En: *Die Welt der Kelten. Zentren der Macht – Kostbarkeiten der Kunst*. Thorbecke Verlag, Ostfildern: 116-123.
- KRUTA, V. (2006): Le retour des Boïens et le développement des «oppida» aux IIe-Ier siècles avant J.-C. En: *Celtes. Belges, Boïens, Rèmes, Volques*. Musée royal de Mariemont, Morlanwelz: 205-221.
- KYSELA, J. (2009): Beaten Boii und Unattested Urbanisation. *Interpretierte Eisenzeiten 3. Fallstudien, Methoden, Theorie*. (R. Karl y J. Leskovar eds.), Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich 22. Linz: 227-235.
- MALRAIN, F.; MATTERNE, V.; MÉNIEL, P. (2002): *Les paysans gaulois*. Errance, París.
- MARCUS, J.; SABLÖFF, J. (eds.) (2008): *The Ancient City: New Perspectives on Urbanism in the Old and New World*. SAR Press, Santa Fe.
- METZLER, J. (1995): *Das treverische Oppidum auf dem Titelberg*. Dossiers d'Archéologie du Musée National d'Histoire et d'Art 3, Luxemburgo.
- METZLER, J.; MÉNIEL, P.; GAENG, C. (2006): Oppida et espaces publics. *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. 4: Les mutations de la fin de l'âge du Fer* (C. Haselgrove ed.), Collection Bibracte 12/4, Glux-en-Glenne: 201-224.
- MEYLAN, F.; PERRIN, F.; SCHÖNFELDER, M. (2002): L'artisanat dans les oppida d'Europe tempérée: un état de la question. *Les Artisans dans la ville antique* (J.-C. Béal y J.-C. Goyon eds.), Université Lumière-Lyon 2, Lyon: 77-99.
- MILCENT, P.-Y. (ed.) 2007. *Bourges-Avaricum: un centre proto-urbain celtique du Ve s. av. J.-C.* Bituriga, Bourges.
- MÖLDERS, D. (2010): *Die eisernen Werkzeuge aus Bibracte*. Collection Bibracte 18, Glux-en-Glenne.
- PEYRE, C. (2000): Documents sur l'organisation publique de l'espace dans la cité gauloise. *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen* (S. Verger ed.), Collection de l'École française de Rome 276, Roma: 155-206.
- POUX, M. (ed.) (2011): *Corent. Voyage au coeur d'une ville gauloise*. Errance, París.
- RAMONA, J. (2011): Agglomérations gauloises. Nouvelles considérations. *Les Dossiers d'archéologie H.-S.* 21: 46-51.
- RIECKHOFF, S. (2002): Der Untergang der Städte. *Dürrnberg und Manching. Wirtschaftsarchäologie im ostkeltischen Raum* (C. Dobiat, S. Sievers y T. Stöllner eds.), Habelt, Bonn: 359-379.
- RIECKHOFF, S. (2010): Raumqualität, Raumgestaltung und Raumwahrnehmung im 2./1. Jahrhundert v. Chr. *Der gebaute Raum. Bausteine einer Architektursoziologie vormoderner Gesellschaften* (P. Trebsche, N. Müller-Scheessel y S. Reinhold eds.), Tübinger Archäologische Taschenbücher Band 7, Münster: 275-306.
- RIECKHOFF, S.; FICHTL, S. (2011): *Keltenstädte aus der Luft*. Theiss, Stuttgart.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2005): *Guía del castro de Ulaca*. Institución Gran Duque de Alba, Ávila.
- RYKWERT, J. (1976): *The Idea of a Town: The Anthropology of Urban Form in Rome, Italy and the Ancient World*. Princeton University Press, Princeton.
- SALAČ, V. (2009a): Zur Interpretation der Oppida in Böhmen und in Mitteleuropa. *Interpretierte Eisenzeiten 3. Fallstudien, Methoden, Theorie* (R. Karl y J. Leskovar eds.), Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich 22, Linz: 237-252.
- SALAČ, V. (2009b): Zur Oppidaforschung in Böhmen und Mähren. *Burgwallforschung im akademischen und öffentlichen Diskurs des 20. Jahrhunderts*. (S. Rieckhoff, S. Grunwald y K. Reichenbach eds.), Leipziger Forschungen zur ur- und frühgeschichtlichen Archäologie 5, Leipzig: 109-123.
- SCHÄFER, A. (2010): *Berching-Pollanten II: Die Kleinfunde der jüngerlatènezeitlichen Siedlung Berching-Pollanten*. Verlag Marie Leidorf, Rahden/Westf.
- SCHREIBER, S. (2008): Das keltische Oppidum zwischen 'Protostadt' und 'Stadt'?. *EAZ*, 49: 25-56.
- SIEVERS, S. (1991): Armes et sanctuaires à Manching. *Les sanctuaires celtiques et leurs rapports avec le monde méditerranéen* (J.-L. Brunaux ed.), Errance, París: 146-155.

- SIEVERS, S. (2003): *Manching – Die Keltenstadt*. Theiss, Stuttgart.
- SIEVERS, S. Y SCHÖNFELDER, M. (eds.) (2012): *Die Frage der Protourbanisation in der Eisenzeit*. Habelt, Bonn.
- SMITH, M. E. (2007): Form and Meaning in the Earliest Cities: A New Approach to Ancient Urban Planning. *Journal of Planning History*, 6 (1): 3-47.
- VAN DIKE, R. M.; ALCOCK, S. E. (2003): Archaeologies of Memory: An Introduction (R. M. Van Dike y S. E. Alcock eds.), *Archaeologies of Memory*. Blackwell, Oxford: 1-13.
- WELLS, P. S. (1984): *Farms, Villages and Cities: Commerce and Urban Origins in Late Prehistoric Europe*. Cornell University Press, Ithaca.
- WELLS, P. S. (2002): The Iron Age. *European Prehistory. A Survey* (S. Milisauskas ed.), Kluwer Academic/Plenum Publishers, Nueva York: 335-383.
- WELLS, P. S. (2006): Objects, meanings and ritual in the emergence of the oppida. *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. 4: Les mutations de la fin de l'âge du Fer* (C. Haselgrove ed.), Collection Bibracte 12/4, Glux-en-Glenne: 139-153.
- WELLS, P. S. (2008a): *Image and Response in Early Europe*. Duckworth, Londres.
- WELLS, P. S. (2008b): Trade and Exchange in Later Prehistory. *Prehistoric Europe. Theory and Practice* (A. Jones ed.), Wiley-Blackwell, Oxford: 356-372.
- WIELAND, G. (ed.) (1999): *Keltische Viereckschanzen. Einem Rätsel auf der Spur*. Theiss, Stuttgart.
- WOOLF, G. (1993): Rethinking the oppida. *Oxford Journal of Archaeology*, 12 (2): 223-234.